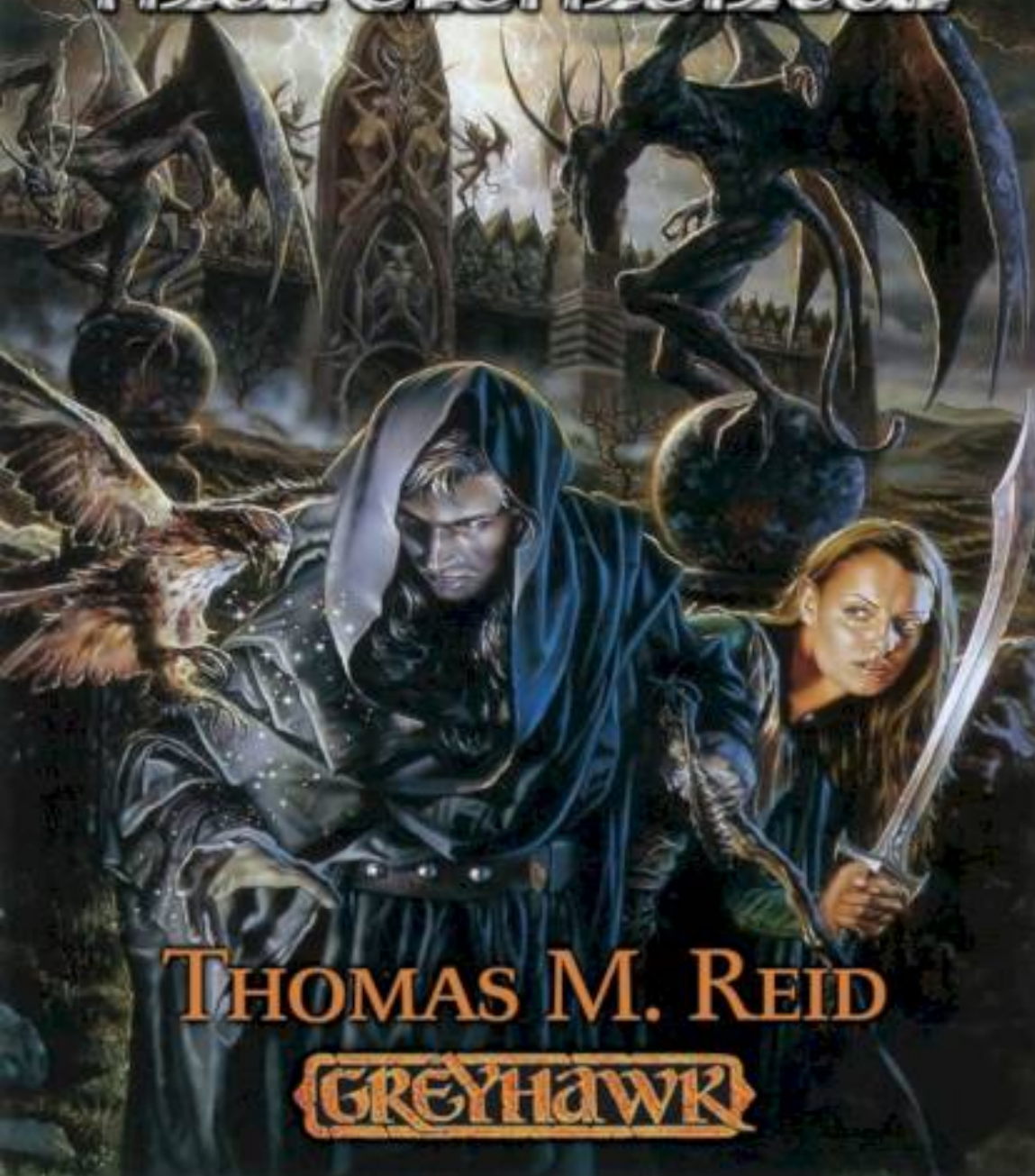




el templo del mal elemental



THOMAS M. REID

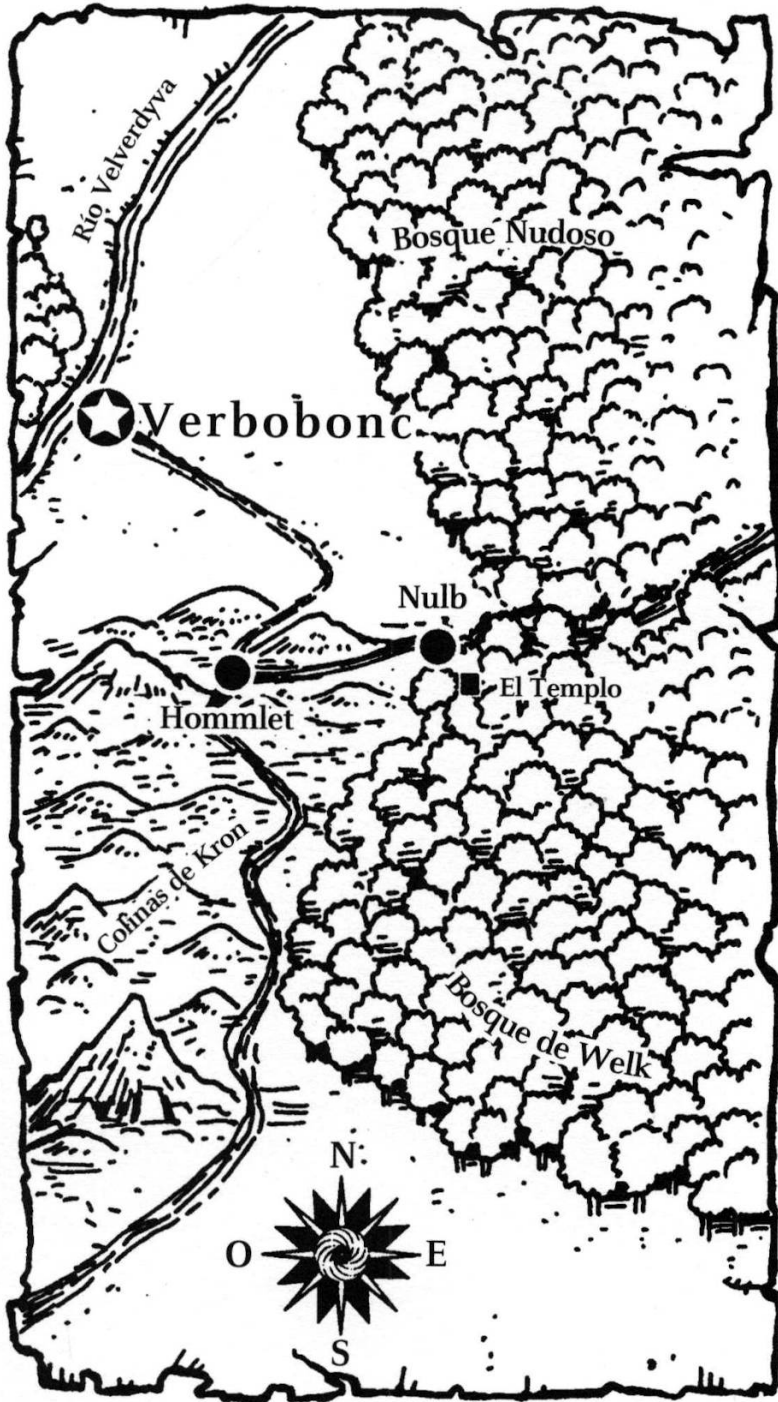
GREYHAWK

Donde moran las pesadillas.

Una siniestra fuerza que se creía destruida hace mucho tiempo permanece bajo tierra.

Mientras que un ser demoníaco capturado en las guerras que destrozaron al mundo lucha por huir de su prisión y un malévolo semidiós intenta que se doblegue a su voluntad, un puñado de héroes debe infiltrarse en el mismísimo corazón de las tinieblas en un desesperado esfuerzo para detenerlos.

*A Al, Cheryl, David, Jerry y Todd.
La Alianza vive en cada uno de vosotros,
y he disfrutado de cada momento que hemos sido
amigos, siguiendo juntos el Camino Desconocido.*





El humo de dos braseros cargados de incienso flotaba pesado en el aire, dando a la pequeña pero cómoda habitación un ambiente acre y cálido. La tenue luz de las brasas, combinada con el fuego ardiendo en el hogar de la pared opuesta, llenaba la sala de largas sombras danzantes. Vestido únicamente con unos pantalones de seda negra, Hedrack, sumo sacerdote del templo de los Elementales, se reclinó en el sillón de felpa con los pies apoyados sobre el escritorio. Sobre su regazo estaba abierto *Conquista, Obediencia y Mando*, pero no le hacía ningún caso al libro. Todo lo contrario, su atención estaba centrada en la alta cama cubierta de armiño del rincón, donde yacían sus bellezas gemelas.

Mika dormitaba entre las pieles, tumbada sobre el vientre. Su rostro estaba oculto por cascadas de pelo color ébano. Astelle, sentada con las piernas cruzadas al lado de Mika y con una de las pieles cruzada descuidadamente por encima de un hombro, miraba a Hedrack. Se inclinó hacia delante, con un brazo apoyado en la rodilla y la mandíbula sobre la mano, observando a su señor a través de sus gruesas pestañas. Una medio sonrisa de satisfacción floreció en sus labios. Su pelo negro estaba echado hacia atrás, dejando su delgado cuello blanco y un deseable hombro desnudos.

Hedrack observó durante un instante el soñoliento rostro de Astelle, cómo sus párpados se agitaban una, dos veces, intentando mantener los ojos abiertos. Bien, pensó. Siempre obediente. Lucharía por mantenerse despierta, para ejecutar cualquier orden que él decidiera emitir, sabiendo que un error sería doloroso. Sin tener en cuenta la amenaza del castigo y dado el encantamiento que había sobre ellas, cual quiera de las dos chicas saltaría para obedecer una orden, únicamente por complacer a su señor. Por ese motivo no tenía que castigarlas muy a menudo.

Y me han satisfecho esta noche, pensó Hedrack con una sonrisa interior. Siempre hay que recompensar la obediencia, se recordó a sí mismo, releendo las palabras que había escritas en la página que tenía delante.

–Duerme –le dijo a Astelle. Ella sonrió y se deslizó sobre la cama, acurrucándose al lado de Mika y extendiendo la piel sobre las dos. Un segundo después su respiración seguía el ritmo de la de la otra chica, lenta y regular.

Hedrack volvió a su libro, intentando volver a concentrarse, cuando una campanita sobre su escritorio sonó una vez. Se levantó de su sitial y se puso una túnica de seda sobre los hombros. Las negras vestiduras llevaban el símbolo de una calavera dorada sin mandíbula sobre el pecho y un cráneo rojo con cuernos en la espalda. Tras enfundarse las zapatillas de seda negra, Hedrack marchó hacia la puerta, quitó la aldaba y la abrió. Entró en una gran sala amueblada con una enorme mesa y muchas sillas, empujó la puerta que quedaba tras de sí y volvió a cerrarla. El sumo sacerdote se giró para mirar al guardia situado en la sala de reuniones.

La criatura, cuyas dos cabezas se levantaban el doble de la altura de Hedrack, permanecía firmes observando al hombre con miedo más que evidente en los dos pares de ojos.

–Se... señor –dijo una de sus cabezas, mientras la otra decía más firmemente– Lord Hedrack –y el ettin hizo una

reverencia.

–Deus, Ahma –respondió Hedrack, dirigiéndose individualmente a cada uno de ellos–. ¿Cómo va la guardia?

–La guardia está siempre atenta –respondieron al unísono Deus y Ahma.

–Muy bien –dijo Hedrack dándose la vuelta y abandonando la habitación–. Nadie entra, nadie sale. Como siempre.

Tras él el ettin saludó, llevándose una mano a cada sien.

Hedrack caminaba por los pasillos de su guarida subterránea fácilmente y con seguridad. Excepto por algún troll haciendo guardia, el templo estaba desierto aquella noche. El sumo sacerdote estaba de buen humor, y sus pensamientos volvieron a Mika y Astelle, que le esperaban en la cama. Mientras caminaba hacia las salas del Templo Mayor se encontró añorando su abrazo. Sonriendo, apresuró el paso.

Hedrack atravesó varias salas hasta llegar a una gran cámara, de los lados de la cual surgían numerosos pasadizos. Los pasó de largo y llegó hasta unos escalones, que subían hacia un estrado. Ahí atravesó una extraña cortina púrpura brillante, que parecía viva, agitándose y ondulándose mientras la apartaba. Apareció en una cámara privada mucho más pequeña, con tres altares. Un débil brillo nacarado emergía de unas escaleras que descendían, y a ambos lados unos cortinajes negros ocultaban pequeños nichos.

Colocándose entre los tres altares, Hedrack se puso de rodillas y oró. No pasó mucho tiempo antes de que sintiera una presencia en su mente, una personalidad fuerte y poderosa que irradiaba una maravillosa, oscura malicia.

–Mi señor luz –dijo Hedrack a la presencia en el interior de su cabeza–. Soy vuestra boca. Pronuncio vuestros deseos ante el mundo que tenéis bajo vuestros pies. ¿Me habéis llamado, mi señor?

–Sí –respondió el dios, inundando a Hedrack con su energía de odio–. *Mi leal sirviente. ¿Cómo valoras tus progresos?*

Hedrack sonrió, pues le encantaba traer buenas noticias a esta deidad.

–Mi señor, las cosas van mejor de lo que se esperaba. Mi comandante en jefe informa de tropas adicionales durante esta semana, y de que muchas más seguirán. Además, envía nuevos sacrificios.

–*Bien, me agrada* –dijo luz, con su rechinante voz reverberando dentro del cerebro del sumo sacerdote–. *Pronto reivindicaremos toda la región, y ese sapo gordo de Belvor en Chendl no sabrá qué hacer cuando le atacemos desde norte y sur. Nunca habrá visto una guerra como esta.*

–Será un día glorioso, mi señor luz.

–*¿Algún avance en buscarla a ella?*

Hedrack asintió. Había estado esperando esa pregunta.

–Poca cosa, mi señor. ¿El trono al que me referí anteriormente? He descubierto que ella puede sentirme, y yo a ella cuando me siento en él. Hemos intentado empezar a comunicarnos de esa forma, y pide auxilio para ser liberada, pero... ¿cómo lo diría? No toda ella, como si estuviera entre las nieblas de un sueño muy pesado y solo parte de ella fuera consciente de mí. Le he informado de vuestros trabajos para liberarla. Creo que por el momento eso la satisface. Tal y como ordenasteis, aún no he enviado excavadores para que busquen sus cámaras secretas.

–*Excelente, mi leal servidor* –respondió luz–. *Pero creo que ya es hora de encontrarla y liberarla.*

–¿Mi señor? Pensaba que vuestra intención era dejarla ahí. ¿No dijisteis que la promesa de su liberación, más que la realidad de esta, mantendrían fieles a ella y obedientes a vos a los seguidores del templo?

–*Lo hice. Pero he descubierto actividad en otros frentes, fuerzas que se mueven contra nosotros. No podemos*

permitirnos el lujo de mantener su promesa de poder encerrada. Ha llegado la hora de que la cojamos y la utilicemos.

—¿Otros, oh terrible?

—Sí. Él se ha dado cuenta, y en estos mismos instantes está enviando a sus sirvientes a entrometerse. Es todo lo que ese petimetre bigotudo con ese sombrerito tan tonto ha hecho hasta ahora. Pero si muestra un interés más activo hemos de estar preparados para más cosas por su parte.

—Vos mismo dijisteis que sería imposible evitar atraer su atención, gran luz. ¿Tan pronto interfiere con nosotros?

—No, pero no podemos dudar. Comenzad las excavaciones. Encontradla. Despertadla. E interceptad a los sirvientes de él. Destruidlos. Enviad un claro mensaje a cualquier otro que él intentara enviarnos. Haced que teman cruzarse en nuestro camino.

—Escucho y obedezco, mi señor. Los capturaré y los enviaré a los mismísimos planos.

—Bien. Quiero que él pierda la esperanza. Ve ahora, y actúa.

—Sí, señor luz.

Tan rápido como había aparecido, la presencia marchó de la mente de Hedrack.

El sumo sacerdote abrió los ojos y volvió a incorporarse, mirando la habitación a su alrededor. Fijó la vista en las escaleras descendientes y el nacarado brillo que subía de las profundidades, y descendió por ellas.

La suave y pálida iluminación radiaba de una columna de luz que salía desde el centro y se difuminaba por la sala. Las paredes de la cámara circular estaban completamente cubiertas de piedras preciosas, que dibujaban una rica comarca vista desde las almenas de una gran estructura. En todas direcciones, los seres se inclinaban en vasallaje a quien observara.

Hedrack se dirigió al centro de la cámara y penetró en la columna de luz. Una vez dentro se encontró enfrente de

un trono plateado cubierto de innumerables gemas. El trono estaba directamente iluminado por el lechoso resplandor. Hedrack respiró profundamente y se sentó.

Instantáneamente, el sumo sacerdote sintió la presencia de otra mente dentro de la suya. Era algo parecido a como cuando su señor le visitaba pero, de alguna forma, completamente diferente. Mientras luz era consciente y penetrante, ella parecía lenta, comatosa. Hedrack intentó despertarla, atraer su atención. Reaccionó lentamente, como si estuviera sumergida en un mar de melaza, pero respondió.

–Has vuelto –dijo, reconociéndolo de anteriores ocasiones. A él le complació.

–Sí. Os busco, vuestro paradero. Mi señor luz y yo venimos a liberaros.

–Aquí estoy. En este lugar.

–Pero debéis ayudarme. Debéis recordar cómo llegasteis hasta aquí.

–Es difícil. Veo... hombres corriendo. Mi amado me dice que corra. Huyo. ¿Dónde? No lo recuerdo. Pero hay algo... dorado... ¿Una llave? ¡Sí! ¡Una llave! ¡Tenéis que encontrar la llave!

–¿Una llave? ¿Qué llave? ¿Qué hace esa llave?

–Me liberará ¡Debéis encontrarla!

–Sí, lo haré. ¿Pero dónde? ¿Dónde está la llave, y dónde de la cerradura?

–Una dorada... es... la... llave.

El contacto con ella se rompió. Estaba demasiado agotada como para continuar con la lucha para recordar, para permanecer consciente. Con una pequeña mueca en los labios Hedrack se levantó y abandonó la columna de luz.

Una llave dorada, pensó Hedrack. Y ella me reconoció, parece que vamos progresando. Sonrió complacido. Mientras abandonaba la sala incrustada en joyas se preguntaba si debía ordenar a Barkinar, jefe de la guarnición del templo, que intentaran hacer excavaciones por ver si

la encontraban. No, decidió. Pronto, pero aún no. Los templos aún están enfrentados. Debo obligarles a que se acepten el uno al otro antes de liberarla, y así no habrá nadie que se nos oponga. Pero no ahora. De momento, investigaré sobre esa llave dorada.

Aún sonriendo, Hedrack volvió a sus cámaras, donde las bellísimas Mika y Astelle yacían esperándole.



img_orla



Jirones de nubes cubrían las estribaciones este de las colinas de Kron, oscureciendo a su paso las arboladas crestas. Parecían las largas y blanquecinas barbas de Rao, como si el dios de la paz hubiera decidido pasar por ahí. El cargado cielo iba virando hacia el púrpura del ocaso, y solo un acerado brillo en el oeste resistía aún la llegada de la noche. Entre los empapados robles del valle que unía las montañas, dos caballos con sus jinetes galopaban por entre los incontables charcos de la desastrada carretera.

El segundo jinete, que llevaba un grueso bastón de madera con punta de hierro sujeto a la silla, temblaba mientras hilillos de lluvia se colaban por entre su pesada capa encerrada, pasando bajo la enorme capucha y corriendo como locos por su cuello. Por centésima vez volvió a echar la capucha hacia delante y la sujetó más cerca de sí, doblándose sobre la silla e intentando huir de la suave lluvia que venía cayendo sobre él y su compañero desde media mañana. Suspiró, harto de cabalgar tras tres días de camino a través de la parte más al oeste del bosque Nudoso, y chasqueó con la lengua hacia su montura, indicando una urgencia que su postura desmentía. El caballo bufó e ignoró la or-

den, mientras sus cascos chapoteaban incesantemente en el agua embarrada.

–Lanithaine, por favor dime que vamos a llegar a ese pueblo esta noche –dijo el jinete a la figura que había delante de él–. Dime que estamos a punto de llegar a ese Hommlet –sacudió de nuevo el agua de la capucha.

–Sí, Shanhaevel –dijo el hombre que cabalgaba primero, por encima del hombro–. Llegaremos a Hommlet como mucho dentro de una hora. –Lanithaine se echó entonces a reír–. Sabes, siempre me habías dicho que los elfos tenéis tal paciencia que sois capaces de sentaros a ver a un árbol crecer. Pareces muy ansioso de llegar a nuestro destino. Ayer te quejabas de que nunca debíamos haber abandonado el bosque Nudoso.

–Solamente necesito tener el corazón caliente y la cama seca –murmuró Shanhaevel–. Por supuesto, preferiría que fuera *mi* cama.

Lanithaine volvió a reír, con una carcajada rica y caliente que reflejaba verdadero afecto.

–¿Cómo? ¿Pero no te apetece pasar otra noche hecho un bulto sobre el frío suelo y bajo la lluvia?

–¡Oh, Boccob! –resopló Shanhaevel–. No seas tonto. ¿Por qué volver a casa, para estar calentito y seco, cuando podemos estar aquí fuera, donde quiera que sea, viajando hacia algún lugar en la carretera que ni siquiera sale en la mayoría de los mapas? –volvió a suspirar, pensando en el hogar.

–Hummm, un buen techo sobre nuestras cabezas no nos vendría mal –respondió Lanithaine, y su voz ahora era baja, amortiguada–. Este tiempo se me clava en los huesos.

Shanhaevel pudo sentir el cansancio en la voz de su maestro.

–Aún no me has explicado por qué hemos viajado hasta este sitio.

Lanithaine suspiró.

–Hay historias que es mejor que no sean contadas.

Shanhaevel frunció el ceño, sorprendido por las palabras de su mentor.

—¿Qué historias? ¿De qué hablas?

Lanithaine volvió a suspirar.

—Algo de lo que había deseado fervientemente nunca tener que hablar. Con nadie... —el hombre más mayor se detuvo un instante, como reflexionando—. En Hommlet hay un mago. Un viejo amigo mío. Burne y yo estuvimos muy unidos, una vez. Sobrevivimos juntos a una guerra.

—¿Una guerra? ¿Qué guerra?

—Quizás la recuerdes. No hace tanto tiempo de eso, o al menos a ti no te lo parecerá, apostaré algo. Se había creado un templo muy poderoso. Bueno, casi realmente era una fortaleza amurallada. Un lugar oscuro y horrible, dedicado a la adoración de los elementos... y a la de impuros demonios. Te dejé solo una temporada y te pedí que cuidaras del pueblo mientras yo no estaba.

—Lo recuerdo —respondió Shanhaevel—. Escuchaba las historias que traían los comerciantes. El ejército del templo fue totalmente destruido, si mal no recuerdo, y el templo arrasado. Solamente hace una década de esto. Nunca supe que hubieras estado involucrado. Nunca hablabas de eso.

—Sí. Bueno, no era algo que quisiera recordar, mucho menos hablar de ello con otras personas. Ni siquiera contigo. Espero que nunca tengas que pasar por una experiencia como esa.

—Pero estoy desvariando —continuó el anciano—. Burne y yo cabalgamos juntos, al servicio del mismísimo mariscal de Furyondia, el príncipe Thrommel, que era el comandante del ejército que marchaba contra el templo. Éramos parte de una compañía especial, su séquito personal, por llamarlos de alguna manera. Nuestro trabajo era algo especial, muy peligroso. Teníamos que contrarrestar la magia negra de los líderes del templo y los otros enemigos a su servicio. A pesar de ser un momento terrible, también lo fue glorioso.